

Cómo escribir como una persona real (aunque seas una máquina)

1. Finales “poéticos” o artificialmente redondos

El problema de los finales “correctos” no es estético, es conductual. La mayoría de textos generados por IA muestran una necesidad artificial de cerrar, de demostrar que el texto está completo, de dejar una sensación de obra terminada. Esto no responde a cómo escribe una persona real, sino a cómo redacta alguien entrenado para cumplir una consigna académica. En la escritura humana cotidiana, profesional o no, el texto suele terminar cuando ya no queda nada útil que decir, no cuando se ha construido una conclusión elegante. Por eso los cierres tipo “en conclusión”, “en definitiva”, “todo esto nos recuerda que”, “así, podemos afirmar que”, “como hemos visto a lo largo del artículo”, “para finalizar”, “en resumen”, “como reflexión final”, “esto demuestra la importancia de”, “podemos concluir que”, “no cabe duda de que” funcionan como marcadores claros de artificialidad. No porque estén mal en sí mismos, sino porque casi nadie los usa fuera de contextos muy concretos como exámenes, informes corporativos o textos que ya nacen muertos.

Para evitar parecer IA, el primer ajuste mental es aceptar que **no todo texto necesita cierre**. Un texto puede terminar en una afirmación, en un dato, en una escena, en una decisión, en una frase incompleta o incluso en una sensación de cansancio. Es más humano terminar diciendo “esto es lo que hay”, “hasta aquí”, “con esto basta”, “no hay mucho más”, “ya está”, “y punto”, “eso fue todo”, “no le daría más vueltas”, “suficiente”, “no da para más”, “con esto te haces una idea”, “el resto se entiende solo”, “ahí empezó el problema”, “ahí lo dejé”, “y no volví a tocarlo”, “y así se quedó”, “y ahí murió”, “y nunca más”, “y no salió bien”, “y salió regular”, “y funcionó a medias”, “y ya veremos”, “y eso fue”, “y hasta hoy”, “y nada más”, “y se acabó”, “y no mucho más que añadir”, “y listo”, “y así fue”, “y así sigue”.

Otra técnica eficaz es cerrar con un detalle concreto en lugar de una idea abstracta. Las conclusiones generales son propias de manuales; los detalles específicos son propios de experiencias reales. Un texto puede terminar en frases como “eso pasó un jueves por la noche”, “lo leí por tercera vez y seguía sin cuadrarme”, “lo apunté en una libreta que todavía tengo”, “me di cuenta cuando ya era tarde”, “lo dejé abierto en una pestaña durante semanas”, “cerré el archivo sin guardar”, “apagamos el ordenador y nos fuimos”, “nadie dijo nada”, “hubo silencio”, “me dio pereza seguir”, “no insistí”, “lo pospuse”, “lo dejé para otro día”,

“me cansé”, “me harté”, “lo olvidé”, “lo abandoné”, “lo terminé sin ganas”, “lo terminé por inercia”, “lo dejé a medias”, “me quedé ahí”, “no pasé de eso”.

También es humano terminar con frases incompletas o abiertas, porque la conversación mental no siempre se resuelve. Frases como “y entonces...”, “a partir de ahí...”, “después de eso...”, “y claro...”, “y bueno...”, “y ya sabes”, “y lo típico”, “y lo demás vino solo”, “y ahí empezó todo”, “y ahí se torció”, “y ahí cambió”, “y ahí se rompió”, “y ahí se acabó”, “y ahí entendí”, “y ahí lo dejé” funcionan precisamente porque no explican más de lo necesario.

Lo que debe evitarse de forma sistemática es cualquier cierre moralizante o inspiracional que no esté justificado por el contenido previo. Frases como “esto nos enseña que”, “debemos aprender que”, “es una lección para todos”, “nos invita a reflexionar”, “nos recuerda la importancia de”, “es fundamental tener en cuenta que”, “por eso es clave entender que” generan una distancia artificial entre quien escribe y quien lee. El lector no está ahí para recibir una lección, sino para entender algo, decidir algo o reconocerse en una experiencia. Cuando el texto intenta elevarse al final, pierde credibilidad.

Un buen test práctico consiste en borrar el último párrafo entero. Si el texto sigue funcionando igual, ese párrafo sobra. En escritura humana sobran muchos finales. En escritura de IA casi ninguno se atreve a sobrar.

2. Evitar cualquier opinión personal

El segundo gran rasgo identificable de la escritura artificial es la ausencia total de postura. El texto describe, enumera, explica, contextualiza y matiza sin que nunca aparezca una voz detrás. No hay “yo”, no hay experiencia, no hay error, no hay cambio de opinión, no hay contradicción. Todo suena correcto, equilibrado y prudente. Ese tono puede parecer profesional, pero en realidad resulta sospechoso porque ningún profesional real es completamente neutro respecto a su propio campo.

Para evitar esto, es imprescindible introducir opinión, incluso mínima, incluso incómoda. No se trata de escribir en primera persona constantemente, sino de dejar rastros de criterio. Frases como “en mi experiencia”, “por lo que he visto”, “al menos en mi caso”, “esto a mí no me funcionó”, “esto sí me dio resultado”, “pensé que sería más fácil”, “me equivoqué”, “lo hice mal al principio”, “lo entendí tarde”, “subestimé el tiempo”, “sobreestimé el resultado”, “me frustró más de lo esperado”, “me sorprendió”, “me decepcionó”, “me funcionó a medias”, “no era lo que parecía”, “sonaba mejor en teoría”, “en la práctica fue otra cosa”, “sobre el papel encaja, pero luego no tanto”, “hay gente a la que le va bien, a mí no”, “otros lo defienden, yo no lo veo”, “antes pensaba lo contrario”, “cambié de opinión”,

“ahora lo haría distinto” introducen humanidad sin convertir el texto en un diario personal.

La duda explícita es otro elemento clave. Un humano duda, revisa, se corrige. La IA tiende a afirmar con seguridad constante. Frases como “no estoy del todo seguro”, “igual me equivoco”, “no es una regla fija”, “depende mucho del contexto”, “no siempre se cumple”, “no hay una respuesta única”, “no es tan blanco o negro”, “hay excepciones”, “no me atrevería a generalizar”, “no lo tengo claro”, “aún tengo dudas”, “no sabría decirte”, “no siempre funciona”, “a veces sí, a veces no” rompen la sensación de texto perfecto.

También es importante introducir contradicciones internas, porque las personas cambian de opinión y conviven con ideas opuestas. Frases como “defendí esto durante años y ahora no”, “antes lo recomendaba, ahora no tanto”, “me parecía una tontería y luego no”, “al principio me entusiasmó y después me cansó”, “me convenció al principio y me decepcionó después”, “funciona, pero no como prometen”, “no tiene mucho sentido, pero pasa”, “no debería ocurrir, pero ocurre”, “es incoherente, pero real”, “no encaja del todo, pero se usa” reflejan pensamiento humano real.

Debe evitarse el uso sistemático de fórmulas impersonales que diluyen la voz. Expresiones como “se considera que”, “se entiende que”, “generalmente se piensa que”, “es importante destacar que”, “cabe señalar que”, “diversos expertos coinciden en que”, “se ha demostrado que”, “es ampliamente aceptado que” funcionan como refugios para no posicionarse. Un humano real suele decir “yo lo veo así”, “a mí me da la sensación”, “por lo que he vivido”, “en mi entorno”, “en los casos que conozco”, “en lo que he probado”, “en lo que me he encontrado”.

La clave no es hablar de uno mismo todo el tiempo, sino permitir que el lector perciba que **alguien ha estado ahí**. Alguien que se equivocó, que dudó, que probó, que cambió de idea, que no lo tiene todo claro. Cuando un texto no permite ningún desacuerdo posible, ningún matiz, ninguna fricción, deja de parecer humano y empieza a parecer generado.

Un criterio simple para revisar esto es preguntarse si un lector podría decir “no estoy de acuerdo” con alguna frase concreta. Si la respuesta es no, el texto es demasiado neutro. Un texto humano siempre deja espacio para la discusión.

3. Estructura excesivamente perfecta

Uno de los rasgos más evidentes de la escritura artificial es la obsesión por la simetría estructural. Introducción genérica que contextualiza, desarrollo perfectamente ordenado en bloques equivalentes y conclusión formal que cierra todo de manera limpia. Esta arquitectura no es incorrecta desde un punto de vista académico, pero es poco representativa de cómo escriben las personas en

contextos reales, incluso profesionales. En la práctica, los textos humanos rara vez avanzan de forma tan lineal. Se desvían, vuelven atrás, insisten en una idea, pasan rápido por otra, cambian de ritmo sin avisar.

La IA tiende a generar párrafos de longitud similar porque busca equilibrio visual y coherencia formal. Un humano no mide. Un párrafo puede tener dos líneas porque ya no hay más que decir, y el siguiente puede ocupar media página porque ahí está el núcleo del problema. La irregularidad es una señal de autenticidad. Textos donde un párrafo es largo y denso y el siguiente es corto, casi seco, transmiten que alguien está pensando mientras escribe. Ejemplos de cierres de párrafo humanos serían frases como “y ahí me quedé”, “eso fue todo”, “no pasó más”, “y ya”, “hasta aquí”, “no dio para más”, “me atasqué”, “me cansé”, “lo dejé”, “no insistí”. Esas frases rompen el ritmo y precisamente por eso funcionan.

Romper la estructura también implica permitir repeticiones parciales. Un humano vuelve sobre una idea porque no le quedó clara la primera vez o porque le da importancia. Puede decir “esto ya lo he dicho antes, pero...” o “vuelvo a esto porque es clave” o simplemente repetir la idea con otras palabras sin pedir permiso. La IA suele evitar repetir de forma explícita; prefiere reformular con sinónimos para no parecer redundante. El humano, en cambio, se repite sin disimular cuando algo le importa.

Otra señal clara de estructura artificial es la conclusión formal obligatoria. En textos humanos reales, muchas veces no hay conclusión como tal. El texto termina en mitad del desarrollo, o en una idea práctica, o en una observación concreta. Termina cuando se agota el tema, no cuando se completa una plantilla mental. Un texto puede acabar explicando un problema y no ofrecer solución cerrada. Puede acabar planteando una duda. Puede acabar describiendo un error. Puede acabar en una frase incómoda. Eso es normal fuera del ámbito académico.

También es humano cambiar el orden lógico. Introducir una anécdota antes de explicar el contexto. Explicar una consecuencia antes de detallar la causa. Adelantar una conclusión parcial y luego justificarla. Frases como “esto ya te lo adelanto”, “voy a decirlo claro desde el principio”, “me salto pasos y luego vuelvo”, “antes de entrar en detalles”, “esto viene después, pero da igual” rompen la estructura predecible y hacen que el texto se sienta vivido, no diseñado.

Un criterio útil para detectar rigidez estructural es observar si el texto podría convertirse fácilmente en un esquema de puntos numerados. Si todo encaja demasiado bien en un índice perfecto, probablemente esté demasiado pulido. La escritura humana real suele resistirse a ser esquematizada sin perder matices.

4. Lenguaje demasiado correcto

El segundo gran bloque de artificialidad aparece cuando el lenguaje es impecable en exceso. Frases gramaticalmente perfectas, vocabulario homogéneo, ausencia total de muletillas, ningún cambio de registro, ninguna frase incompleta, ningún tropiezo. Este tipo de escritura no refleja cómo piensan ni cómo hablan las personas, ni siquiera cuando escriben textos técnicos o profesionales. Incluso en documentos serios aparecen imperfecciones: frases que se alargan más de la cuenta, incisos innecesarios, aclaraciones improvisadas, cambios de tono.

Un humano mezcla registros. Puede empezar una frase de forma formal y terminarla de manera coloquial. Puede usar una expresión técnica y acto seguido una frase cotidiana. Puede decir “esto es relevante” y en el siguiente párrafo “esto es un lío”. Puede escribir “no es especialmente eficiente” y luego “va bastante mal”. Puede alternar entre “resulta problemático” y “es un problema gordo”. Esa mezcla es natural.

Las muletillas escritas también son humanas. Expresiones como “la verdad es que”, “en realidad”, “más bien”, “digamos que”, “por así decirlo”, “un poco”, “bastante”, “no exactamente”, “más o menos”, “hasta cierto punto”, “en parte”, “no del todo”, “de alguna manera”, “por decirlo de alguna forma” suavizan el discurso y lo hacen menos mecánico. La IA suele evitarlas porque reducen precisión. El humano las usa porque piensa mientras escribe.

Las frases incompletas son otro marcador clave. Un humano deja ideas a medias porque confía en que el lector complete el sentido. Frases como “y eso que al principio...”, “aunque claro...”, “pero bueno...”, “y ahí ya...”, “con todo lo que implica”, “lo típico”, “ya sabes”, “no hace falta explicar más”, “me entiendes” son habituales en textos reales. No aportan información nueva, pero aportan voz.

También es humano cometer pequeñas irregularidades sintácticas. Frases largas que se encadenan con comas cuando quizá deberían separarse. Incisos que se abren y no se cierran del todo. Cambios de tiempo verbal. Pequeñas repeticiones. No errores graves, pero sí imperfecciones que indican que el texto no ha sido “optimizado”.

Un texto que suena como manual suele evitar cualquier palabra emocional. El humano no. Usa “me molesta”, “me resulta pesado”, “es frustrante”, “cansa”, “agota”, “ilusiona”, “decepciona”, “engancha”, “aburre”, “da pereza”, “harta”, “sorprende”. La emoción no resta profesionalidad; la ausencia total de emoción sí resta credibilidad.

5. Uso constante de conectores lógicos

El abuso de conectores es uno de los pegamentos más visibles de la escritura artificial. “Además”, “por otro lado”, “asimismo”, “sin embargo”, “por lo tanto”, “en cambio”, “no obstante”, “en consecuencia”, “de igual manera”, “del mismo modo”, “a su vez”. Estos conectores no son incorrectos, pero cuando aparecen de forma sistemática, casi matemática, delatan un texto construido para ser coherente, no para ser leído.

Las personas reales no conectan cada idea explícitamente. Muchas veces simplemente pasan a la siguiente. Saltan. Cambian de tema sin avisar. Añaden algo porque sí. Frases como “otra cosa”, “también pasa que”, “y luego está esto”, “hay otro tema”, “un detalle más”, “algo que no se suele decir”, “esto también influye”, “y ojo con esto”, “aquí hay otra historia”, “esto es importante”, “esto va aparte”, “esto merece mención” sustituyen a los conectores lógicos clásicos.

También es habitual que un humano encadene frases sin ningún conector, usando puntos seguidos secos. “Esto ocurre a menudo. No siempre se detecta. Genera problemas. Bastantes.” Ese tipo de ritmo es muy poco frecuente en textos generados por IA, que tienden a explicitar la relación entre cada frase para garantizar coherencia.

Otro recurso humano es el uso repetido de “y”. “Y pasa esto. Y luego lo otro. Y al final, nada.” Desde un punto de vista académico es pobre; desde un punto de vista humano es natural. Lo mismo ocurre con “pero”. “Funciona, pero mal. Sirve, pero a medias. Ayuda, pero poco.” La IA suele variar conectores para no repetir; el humano repite sin problema.

Eliminar conectores no significa escribir de forma caótica, sino aceptar que la coherencia puede ser implícita. El lector no necesita que se le explique cada transición. De hecho, cuando se le explica demasiado, percibe artificio. Un texto humano confía más en el lector y menos en la estructura.

Una revisión práctica consiste en subrayar todos los conectores lógicos del texto. Si aparecen en casi todos los párrafos, o incluso varias veces dentro del mismo párrafo, hay un problema. Reducirlos, eliminarlos o sustituirlos por transiciones más naturales suele mejorar de inmediato la sensación de escritura humana.

6. Falta de ejemplos concretos reales

Uno de los síntomas más claros de escritura artificial es el uso de ejemplos que podrían pertenecer a cualquier persona, en cualquier contexto y en cualquier momento. Son ejemplos “correctos”, limpios, intercambiables. Situaciones que

nunca incomodan, nunca fallan del todo, nunca tienen detalles específicos. Frases como “por ejemplo, una empresa que quiere mejorar su estrategia”, “imaginemos un usuario que utiliza esta herramienta”, “en un caso práctico”, “supongamos una situación en la que” no describen nada real, solo rellenan espacio para dar sensación de concreción.

El humano, en cambio, cuando pone un ejemplo suele hacerlo desde algo que ha visto, vivido o sufrido, aunque no sea elegante. Los ejemplos humanos tienen detalles que sobran, errores, tiempos muertos, decisiones malas, resultados mediocres. Aparecen frases como “lo probé un lunes a última hora”, “lo hice de prisa y mal”, “copié y pegué sin revisar”, “me equivoqué en un dato básico”, “nadie revisó eso”, “se rompió al tercer día”, “funcionó solo la primera semana”, “nadie lo entendió”, “me dio vergüenza preguntar”, “lo dejamos pasar”, “pensamos que no era importante”, “al final costó más”, “lo arreglamos a medias”, “salió regular”, “no era tan grave como parecía”, “era peor”.

Un ejemplo humano suele ser incómodo porque no demuestra una teoría, demuestra una realidad imperfecta. Puede incluir frases como “sonaba bien y luego no”, “en teoría encajaba, en la práctica no”, “hicimos lo que se suponía que había que hacer y aun así salió mal”, “nadie sabía exactamente qué estaba pasando”, “cada uno entendió una cosa distinta”, “se generó un lío innecesario”, “nadie asumió la responsabilidad”, “se perdió tiempo”, “se perdió dinero”, “se perdió confianza”. Ese tipo de ejemplos no embellecen el texto, lo hacen creíble.

Otra diferencia clave es el nivel de detalle. El ejemplo artificial se queda en lo abstracto. El humano baja al terreno: horas, personas, errores concretos, decisiones pequeñas. “Éramos tres”, “tardamos más de lo previsto”, “lo dejamos para después”, “se acumuló”, “llegó tarde”, “faltaba información”, “el documento estaba mal versionado”, “nadie tenía claro cuál era el último archivo”, “se trabajó sobre algo desactualizado”, “se repitió trabajo”, “se enfadó alguien”. No es necesario exagerar ni dramatizar; basta con que el ejemplo no parezca intercambiable.

Un buen criterio es preguntarse si el ejemplo podría haberse escrito exactamente igual sin haber pasado nunca por esa situación. Si la respuesta es sí, es un ejemplo artificial. Los ejemplos humanos dejan huella porque no son perfectamente presentables.

7. Repetición semántica encubierta

La repetición semántica es uno de los mecanismos más usados por la IA para generar volumen sin añadir contenido nuevo. La idea no avanza, pero se reformula. Se dice lo mismo con palabras distintas, una y otra vez, dando la sensación de profundidad cuando en realidad hay estancamiento. Aparecen

párrafos que parecen distintos pero que, si se reducen a una frase, dicen exactamente lo mismo que el anterior.

Un humano también se repite, pero de otra forma. Se repite porque se atasca o porque insiste en algo importante, no para rellenar. Y cuando avanza, avanza de verdad. Cambia de plano, introduce un dato nuevo, un ejemplo distinto, una consecuencia no mencionada antes. La IA, en cambio, suele repetir la idea base con sinónimos: “esto es importante”, “esto es relevante”, “esto tiene un impacto significativo”, “esto juega un papel clave”. Cuatro frases, cero información nueva.

Para evitar este patrón, cada párrafo debería poder responder a la pregunta “¿qué añade esto que no estaba antes?”. Si no añade nada, sobra. El humano no tiene miedo a dejar huecos, pero tampoco se esfuerza en cubrirlos con palabras vacías. Puede decir “esto ya lo he dicho” y seguir adelante. Puede pasar página mentalmente. Puede asumir que el lector ya lo ha entendido.

Otra diferencia es que el humano no siempre mantiene la misma intensidad informativa. Puede haber un párrafo flojo y luego uno que aporta algo decisivo. La IA suele mantener un nivel medio constante, lo que genera la sensación de que todo es igual de importante y, por tanto, nada lo es. En textos humanos hay frases que pesan más que otras. Hay párrafos que cambian el sentido del texto. Hay momentos de avance real.

Una señal clara de repetición artificial es cuando se pueden eliminar varios párrafos sin que el texto pierda contenido. Si al borrar tres párrafos seguidos no se pierde ninguna idea concreta, esos párrafos estaban rellenando. El humano, cuando avanza, introduce una diferencia clara: un matiz nuevo, un límite, una consecuencia, una excepción, un “esto no aplica aquí”, un “ojo con esto”. No solo reexplica.

8. Tono siempre equilibrado y educado

El tono excesivamente equilibrado es otra pista clara de artificialidad. Un texto que nunca se enfada, nunca exagera, nunca se cansa, nunca se frustra y nunca usa palabras duras no refleja cómo las personas se relacionan con los temas que les importan. Incluso en contextos profesionales hay momentos de hartazgo, de ironía, de impaciencia, de cansancio. La ausencia total de emoción transmite distancia y falta de implicación.

Un humano puede decir “esto es un lío”, “esto es un desastre”, “esto no hay quien lo entienda”, “esto es una pérdida de tiempo”, “esto es un parche”, “esto es cutre”, “esto es un problema serio”, “esto cansa”, “esto quema”, “esto desespera”, “esto es innecesariamente complicado”, “esto se podría haber hecho mejor”, “esto se hizo mal”. No lo dice todo el tiempo, pero lo dice cuando toca.

También puede exagerar de forma controlada. “Es un dolor constante”, “es un pequeño infierno”, “es un caos”, “es un festival de errores”, “es un agujero negro”, “es una chapuza”, “es un lío monumental”. Estas exageraciones no buscan precisión técnica, buscan transmitir sensación. La IA suele evitarlas porque no son objetivas. El humano las usa porque son expresivas.

La emoción humana no es siempre coherente. Se puede reconocer algo como útil y aun así odiarlo. Se puede valorar un método y detestar aplicarlo. Se puede aceptar una solución y estar enfadado con ella. Frases como “funciona, pero lo odio”, “sirve, pero es horrible”, “es eficaz, pero incómodo”, “resuelve el problema, pero genera otros”, “no hay alternativa mejor, pero no es buena” reflejan esa contradicción emocional que la IA rara vez reproduce.

Un texto que no permite ninguna emoción fuerte suele parecer escrito desde fuera. Un texto humano deja claro que hay implicación, incluso cuando intenta ser profesional.

9. Explicaciones demasiado completas para preguntas simples

La IA tiende a sobreexplicar. Responde más de lo que se le ha pedido, añade contexto innecesario, introduce definiciones básicas que nadie ha solicitado. Esto ocurre porque intenta cubrir todos los ángulos y no sabe cuándo parar. El resultado es un texto correcto pero inflado, que da la sensación de estar rellenando.

El humano, en cambio, sabe cuándo ir al grano. A veces responde con una frase. A veces con dos líneas. A veces corta. No siempre contextualiza. Asume que el lector sabe cosas. Frases como “la respuesta corta es no”, “en resumen, sí”, “depende”, “no exactamente”, “más o menos”, “en general no”, “solo en algunos casos”, “con matices”, “a veces”, “normalmente no”, “solo si se cumple esto” son respuestas humanas a preguntas simples.

Cuando una pregunta es sencilla, una respuesta larga genera desconfianza. Parece que se está evitando algo o que se está justificando de más. El humano no siente la necesidad de demostrar que sabe todo cada vez que habla. Puede decir “no vale la pena entrar en eso”, “no hace falta explicarlo”, “eso ya es otro tema”, “eso es aparte”, “eso daría para otro texto”. Es consciente de los límites.

Una buena práctica es revisar cada respuesta y preguntarse si alguien podría haber contestado eso mismo en una conversación oral. Si suena imposible decirlo en voz alta sin que la otra persona pierda la atención, probablemente esté sobreexplicado. El lenguaje humano oral es un buen filtro contra el relleno escrito.

10. Ausencia de silencios textuales

Uno de los rasgos más fáciles de detectar en un texto artificial es la falta absoluta de silencios. Todo está explicado, conectado, desarrollado y cerrado. No hay pausas reales. No hay frases que respiren. No hay cortes secos. El texto fluye demasiado bien, demasiado seguido, como si tuviera miedo de que el lector se pierda en cuanto se detiene un segundo. Ese miedo no es humano. Es algorítmico.

En la escritura humana, el silencio también comunica. Una frase corta después de un párrafo largo no es un error: es una decisión, consciente o no. Un punto final seco puede decir más que un párrafo entero. Cuando alguien escribe desde la experiencia, no siempre rellena los huecos. A veces deja caer una frase y pasa a otra cosa. A veces corta porque no necesita justificar más. A veces simplemente se detiene.

La IA evita frases cortas porque reducen densidad informativa. El humano las usa porque marcan ritmo. Frases como “No funcionó.”, “Eso fue un error.”, “Ahí empezó todo.”, “No era suficiente.”, “Fue tarde.”, “No bastó.”, “Se rompió.”, “Y ya.”, “Nada más.”, “Así no.”, “Mal.”, “Regular.”, “Suficiente.”, “No.”, “Sí.”, “Depende.”, “A medias.”, “Hasta ahí.” tienen un impacto desproporcionado para su longitud. Precisamente por eso son humanas.

Los cortes bruscos son otro elemento clave. Un humano puede estar desarrollando una idea y, de repente, cambiar de plano sin transición lógica. Puede pasar de explicar algo a soltar una observación seca. Puede interrumpirse. Puede abandonar una línea de pensamiento porque ya no le interesa. Ejemplos de esto serían secuencias como “todo parecía encajar sobre el papel, los números cuadraban, el planteamiento era lógico. En la práctica no.” O “la teoría es clara, el proceso está bien definido, la documentación es correcta. Nadie la siguió.” O “se suponía que esto ahorra tiempo. No lo hizo.” Ese tipo de quiebres no son elegantes, pero son reales.

La IA tiende a suavizar cada transición. Usa conectores, explicaciones, matices. El humano no siempre avisa. A veces escribe “y entonces pasó algo”. A veces escribe “pero no”. A veces escribe “y ahí se acabó”. Ese silencio posterior, esa falta de explicación, obliga al lector a completar el sentido. Y eso es profundamente humano.

Los silencios también aparecen cuando se deja algo implícito. Un humano no explica todas las consecuencias. Puede escribir “hicimos eso” y no detallar qué ocurrió después porque asume que el lector entiende que no fue bien. Puede decir “decidimos seguir adelante” y no explicar el coste porque se sobreentiende. La IA, en cambio, siente la necesidad de cerrar cada implicación, de no dejar cabos sueltos.

Un texto sin silencios suele ser un texto que no confía en el lector. Un texto humano confía más. Se permite parar. Se permite dejar frases colgando. Se permite cambiar de ritmo de forma abrupta. Puede escribir un párrafo largo y, justo después, una frase de tres palabras. Puede escribir varias frases cortas seguidas. “Fue raro. Incómodo. Inesperado.” Ese tipo de secuencia es difícil de encontrar en textos artificiales porque rompe la regularidad.

Una revisión práctica consiste en buscar si todo el texto podría leerse en voz alta con el mismo tono y velocidad. Si no hay ningún momento donde naturalmente bajarías la voz, harías una pausa o cambiarías el ritmo, probablemente falten silencios. La escritura humana tiene respiraciones. La artificial no.

11. Nunca contradice al lector

Otro rasgo extremadamente claro de la escritura artificial es su tendencia a no incomodar. Valida constantemente. Matiza en exceso. Evita decir “esto está mal”. Prefiere fórmulas suaves, diplomáticas, inclusivas. “Puede que”, “en algunos casos”, “depende del contexto”, “no siempre”, “es importante considerar”. Ese tono busca no ofender, pero acaba pareciendo irreal. Las personas reales, incluso las prudentes, contradicen. Corrigen. Discuten. Señalan errores.

Un humano no siempre valida al lector. A veces le dice que está equivocado. A veces le dice que está simplificando. A veces le dice que se está engañando. Frases como “esto no es así”, “esto es incorrecto”, “esto no funciona”, “esto no es verdad”, “esto está mal planteado”, “esto es una mala idea”, “esto no se sostiene”, “esto no encaja”, “esto no tiene sentido”, “esto es un error común”, “esto es una confusión”, “esto es una mala interpretación”, “esto es una simplificación peligrosa” forman parte del lenguaje humano cuando alguien domina un tema.

La IA evita estas afirmaciones directas porque implican riesgo. Un humano asume ese riesgo porque tiene criterio. Puede equivocarse, pero se posiciona. Incluso cuando suaviza, sigue marcando una línea. Puede decir “entiendo por qué se piensa esto, pero no es correcto”, “es una idea extendida, pero es errónea”, “parece lógico, pero no lo es”, “suena bien, pero falla”, “es una conclusión habitual y está mal”, “se repite mucho, pero no se sostiene”.

Contradecir al lector no significa insultarlo ni ser agresivo. Significa no tratarlo como alguien que siempre tiene razón. Un texto que nunca contradice transmite una falsa neutralidad. Un texto humano, cuando aporta valor, suele incomodar un poco. Hace replantear ideas. Rompe expectativas. Dice “esto no va por ahí”.

También es humano discutir consigo mismo. Introducir frases como “esto podría parecer contradictorio”, “aquí muchos no estarán de acuerdo”, “esto va a molestar a más de uno”, “esto no gusta decirlo”, “esto no es popular”, “esto no se suele

admitir”, “esto va contra lo que se repite siempre” marca una postura clara. La IA rara vez hace esto porque implica conflicto.

Otro patrón artificial es intentar dejar siempre abierta una puerta de escape. “Todo depende”, “cada caso es único”, “no hay una respuesta correcta”. Aunque esto puede ser cierto, usado sistemáticamente se convierte en una forma de no decir nada. El humano sabe cuándo algo depende y cuándo no. Sabe cuándo puede decir “no”. “No sirve.” “No es recomendable.” “No compensa.” “No vale la pena.” “No funciona así.” “No es buena práctica.” “No debería hacerse.” Esas frases son claras y discutibles. Precisamente por eso son humanas.

Un criterio sencillo para detectar este problema es preguntarse si el texto podría molestar a alguien que piense distinto. Si la respuesta es no, probablemente esté demasiado edulcorado. El contenido humano real no busca agradar a todos. Busca ser honesto desde una posición concreta.

12. Títulos y subtítulos “de manual”

Los títulos son uno de los primeros puntos donde la escritura artificial se delata. La IA tiende a usar encabezados funcionales, descriptivos y previsibles porque están optimizados para clasificar información, no para reflejar pensamiento humano. “Qué es...”, “Beneficios de...”, “Ventajas y desventajas de...”, “Importancia de...”, “Cómo funciona...”, “Tipos de...”, “Características de...”, “Conclusión”, “Resumen” son estructuras útiles en manuales, pero extremadamente poco representativas de cómo una persona real organiza sus ideas cuando escribe desde experiencia o criterio.

Un humano no titula para ordenar un índice mental, titula para orientarse a sí mismo o para llamar la atención sobre un problema concreto. Sus títulos suelen sonar más torcidos, más específicos, a veces incluso incompletos. No explican todo. Sugieren. Condensan una postura. Ejemplos de títulos humanos serían cosas como “Esto es donde casi todos se equivocan”, “El error que parece lógico”, “Lo que nadie te dice cuando empiezas”, “Por qué esto suena bien y luego falla”, “La parte incómoda del proceso”, “Aquí es donde se rompe”, “El problema no es el método”, “No es tan buena idea como parece”, “Esto funciona, pero no como te prometen”, “La teoría está bien, la práctica no tanto”, “Cuando todo encaja y aun así no funciona”, “El detalle que lo cambia todo”, “Lo que aprendí después de hacerlo mal”, “Lo que haría distinto ahora”, “Esto no sale en las guías”, “La parte que da pereza”, “El atajo que sale caro”, “La solución fácil que complica todo”.

Estos títulos no son neutros. Toman posición. Anticipan conflicto. Introducen fricción. Un humano no teme usar títulos que ya contienen una valoración implícita. La IA, en cambio, suele evitarlo porque busca objetividad y cobertura semántica.

Otra diferencia clave es que el humano no siempre mantiene coherencia formal entre títulos. Puede haber un título largo seguido de uno muy corto. Puede haber un título en forma de frase y otro en forma de pregunta. Puede haber uno casi coloquial y otro más técnico. Esa irregularidad es normal. Títulos como “Y aquí viene el problema”, “Esto va a doler”, “Un detalle más”, “Antes de seguir”, “Un apunte rápido”, “Una cosa importante”, “Ojo con esto”, “Esto parece menor, pero no lo es” no encajan en un esquema académico, pero encajan perfectamente en una escritura real.

También es humano usar títulos que reflejan proceso mental, no contenido cerrado. “Por qué pensaba una cosa y ahora otra”, “Esto me llevó tiempo entenderlo”, “Aquí cambié de idea”, “Aquí me equivoqué”, “Esto lo di por hecho y no debía”, “Aquí me di cuenta tarde”. La IA suele titular desde fuera; el humano titula desde dentro.

Un buen ejercicio para eliminar títulos de manual es preguntarse si ese título podría aparecer tal cual en un temario universitario. Si la respuesta es sí, probablemente sea demasiado genérico. Un título humano suele ser más contextual, más situado y menos intercambiable.

13. Cero postura clara

El último rasgo, y quizá el más importante, es la ausencia de una postura clara. Textos que no se mojan. Que no arriesgan. Que no apuestan por nada. Que presentan todas las opciones como igualmente válidas. Que nunca dicen “esto es mejor que aquello” ni “esto no merece la pena”. Ese tipo de escritura puede parecer prudente, pero resulta artificial porque las personas reales siempre escriben desde un punto de vista, incluso cuando intentan ser equilibradas.

Un humano deja frases discutibles. Frases con las que alguien podría estar en desacuerdo. Frases que implican una elección. Frases como “esto no compensa”, “esto solo funciona en casos muy concretos”, “esto está sobrevalorado”, “esto se recomienda más de lo que se debería”, “esto se hace por inercia”, “esto es más marketing que realidad”, “esto no es tan útil como parece”, “esto está mal enfocado”, “esto se enseña mal”, “esto se explica fatal”, “esto no debería hacerse así”, “esto se ha normalizado y es un error”.

La IA evita estas frases porque implican juicio. Prefiere hablar en términos de posibilidades, contextos y matices infinitos. El humano, aunque reconoce los matices, se posiciona. Puede decir “en general no funciona”, “la mayoría de las veces no vale la pena”, “salvo excepciones, es una mala idea”, “si tuviera que

elegir, no lo haría”, “si volviera atrás, no repetiría esto”, “no lo recomiendo”, “no merece el esfuerzo”, “no es una buena práctica”, “no aporta lo suficiente”.

Una postura clara no significa dogmatismo. Significa asumir un punto de vista y sostenerlo. Incluso se puede reconocer la complejidad y aun así decidir. “Tiene ventajas, pero no compensa.” “Funciona, pero no lo recomiendo.” “Es válido, pero hay opciones mejores.” “Puede servir, pero no es la solución.” Esas frases dejan espacio para el desacuerdo, y precisamente por eso son humanas.

También es humano admitir que una postura es personal. “Para mí no funciona.” “Yo no lo haría.” “No es algo que repetiría.” “No me parece una buena idea.” Eso no resta autoridad; la aumenta, porque deja claro desde dónde se habla. El lector sabe a qué atenerse.

Un texto sin postura clara no molesta a nadie, pero tampoco aporta criterio. Un texto humano, cuando es honesto, asume que no va a gustar a todo el mundo. Asume el riesgo de ser discutido. Y ese riesgo es una de las señales más fiables de que detrás del texto hay alguien, no algo.